

bicion desmedida, unida al ódio, á la envidia y al orgullo irritado, seria imposible de concebirse, que tan vil trama hubiese sido urdida por personas de semejante rango, y mucho menos por jóvenes, que hasta entonces habian manifestado tantas cualidades amables.

La córte estaba en S. Germán; pero el Rey no debia dormir allí. Convinieron que aquella misma noche iria la Condesa de Soissons á hacerle la córte á la Reina, y que con destreza dejaria en la cama de esta Princesa la carta supuesta, lo que en efecto se ejecutó. Mas una camarera de la Reina, llamada la Molina, encontró la carta, no dijo nada á su Señora, y al dia siguiente la remitió al Rey (1). Creyendo Luis reconocer la letra del Rey de España, y no poseyendo el español, se hizo traducir la carta por la Molina, quien, despues de haberla leído, le dijo: que el idioma era tan malo y ridículo, que no solo era difícil fuese del Rey, pero ni de mano de un español. Júzguese aquí la cólera é indignacion de Luis. Queriendo esclarecer prontamente este negocio, su impaciencia no le permitió esperar á Lauzun, que en este momento no estaba en S.

(1) Histórico.

Germán, y al punto hizo llamar al Conde de Guiche. Este se estremeció al entrar en el gabinete del Rey: veía y reconocia entre sus manos la carta supuesta: se creyó perdido.... El Rey estaba sumamente agitado, para observar la turbacion del Conde de Guiche, y antes lo animó, aceptando su palabra de encargarse de descubrir los autores de esta maldad: él trato de dirigir sus sospechas sobre la Señorita de Montpensier; Luis respondió, que él la estimaba y la creía incapáz de semejante bajeza: el Conde no insistió, y prometió ocuparse con zelo de la comision que se le daba. Pocos dias despues acuso al Duque y la Duquesa de Navailles, y agregó á esta calumnia atroz tales circunstancias, que la hacian tan verosimil, que el Rey no dudó haber acertado: entonces instruyó á la Duquesa de todo lo que habia pasado; ella tentó en vano dulcificarlo. A pesar de sus ruegos y lágrimas, el Duque y la Duquesa fueron desterrados (1). Sin embargo, la Molina, sabiendo este acontecimiento dijo al Rey, que ella habia descubierto una cosa que le daba mucho que sos-

(1) Toda esta relacion es completamente histórica.

pechar de otra persona; y le contó, que la jóven Felipa, (una española al servicio de la Reina) que estaba sentada detrás de la cortina, en una ventana de la cámara de esta Princesa, habia visto entrar en ella, sola y furtivamente á la Condesa de Soissons, la noche misma que se encontró la carta, que se acercó á la cama, levantó la ropa, y en seguida volvió á salir con precipitacion. Esta relacion era verdadera. El Rey fué al cuarto de la Condesa, y sin preámbulo le declaró, que tenia certeza de que ella era la autora de la carta. Cuando un hombre culpable pierde la cabeza en una ocasion peligrosa, se corta, se contradice, pero persiste negando; entretanto que la muger, á quien falta presencia de espíritu, comunmente confiesa todo sin detenerse: en general, las mugeres no saben luchar con la suerte. La Condesa de Soissons convino desde el primer momento, en que habia escrito la carta; pero tuvo la debilidad de denunciar á Madama y al conde de Guiche: éste y el marqués de Vardes fueron desterrados: castigo bien suave para tal ofensa. Bajo un príncipe menos generoso hubieran perdido su libertad. El Duque y Duquesa de Navailles fueron llamados: Luis creyó de su deber indemnizarlos públicamente,

y le dió al Duque una plaza que deseaba mucho tiempo, y no se habia atrevido á pedir (1). El Rey tuvo una escena muy acalorada con Madama; estuvo mucho tiempo sin ir á su cuarto; las repetidas instancias de la Duquesa lo empeñaron á volver. Madama estaba bien castigada; ella no habia podido perjudicar al objeto de su ódio; perdía á un tiempo la estimacion del Rey, á su amiga, á su amante, y la esperanza de vengarse. Todas estas intrigas afligieron vivamente á la Duquesa. Yo no he hecho hasta ahora sino mal, decia: estas disenciones, estos destierros yo los causo; tienen justo motivo de aborrecerme: ¡ah! ¡si al menos no tuvieran el derecho de menospreciarme!.... Habia trahido la Duquesa una camarera de Turena, á quien amaba con extremo; porque esta se habia educado con ella, y tenia mas educacion y talento que el que ordinariamente poseen las personas de esta clase.

Rosalía, este era su nombre, amaba y reverenciaba á su Señorita, á quien siempre miraba como el modelo de la virtud; porque ignoraba su pasion y su debilidad. Un dia, bañada

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier, y de madama de Motteville.

en lágrimas, se echó á sus pies, le confesó que engañada y seducida, estaba próxima á ser madre. ¡Desgraciada Rosalia! exclamó la Duquesa con extrema agitacion.... ¡Ah Señorita, replicó Rosalia, yo conosco cuan culpable me debeis encontrar! ¡Pero me mostraron tanto amor!....— ¡El que os ama es libre!—¡O cielos! Señorita, ¿podeis creerme tan despreciable para sospechar que haya cedido á un hombre casado!.... Esta respuesta sencilla era opresora, y causó todo el efecto que podia sobre el corazon mas delicado y mas sensible. La Duquesa aterrorizada ocultó su semblante en el pañuelo, y guardó silencio. Rosalia instaba que la perdonase: ¡ah, Rosalia, le dice: ojalá que todavia estuvieramos en la feliz provincia donde nacimos!.... Mas una vez que tu amante es libre, vos podeis ser feliz....— Ay de mí! yo lloro mi falta, y su inconstancia; me ha abandonado!....—Pues no os ha tenido amor....—Su pasion fué extrema; pero se ha mudado súbitamente.—¡Y eso es posible?—Sí, para los hombres.... A estas palabras se conmueve la Duquesa y se inunda su semblante en lágrimas; abraza á Rosalia, y le promete no abandonarla.

Madama de Themine escribia siempre á la

Duquesa, que no pudiendo soportar los elogios que hacia de su caracter, se decidió á confiarle su penoso secreto. La muger mas sincera nunca hace semejante confesion, sin suprimir alguna cosa. La Duquesa habló de su debilidad; pero ocultó sus consecuencias: madama de Themine dió la respuesta siguiente:

“Quién, yo dejar de amaros, cuando sois „mas digna de compasion que nunca! ¡Ah mi „amiga! no teneis necesidad de pintarme las pe- „nas que despedazan vuestro corazon: confesar- „me vuestra falta, es instruirme de ellas. ¡Una „debilidad, en medio de la vida mas pura, es la „mas funesta desgracia!.... ¿Podeis recelar de „mí? ¿Podeis pensar que conociendoos desde la „infancia, me será posible despreciaros?.... Si „este desgraciado secreto se descubre, es verdad „que todo el mundo tendrá derecho de juzga- „ros con severidad, de no creer vuestros remor- „dimientos, ni vuestro desinterés, y de suponeros „una ambicion tan vil como culpable; ¡pero yo „puedo en el fondo de mi alma desconoceros? „¿Puede mi imaginacion calumniaros un solo ins- „tante?.... No lisonjeis mi conducta: celebrad „solamente mi felicidad. Yo no he abandonado „la dichosa soledad donde, gracias al cielo, me

„he fijado para siempre: vuestro ejemplo me ha-  
 „cé conocer todo el peligro de la seducción que  
 „os rodea; y cuando veo que vos habeis sucum-  
 „bido, aprendo á desconfiar de mí misma. La  
 „falta que llorais, lejos de elevarme á mis ojos,  
 „no puede servir sino para humillarme mas. Te-  
 „nemos las mismas opiniones, y los mismos sen-  
 „timientos. ¿Han podido disuadiros, induciendos  
 „al sacrificio? No, sin duda. Las mismas relacio-  
 „nes existen entre nosotras: vuestra alma no ha  
 „variado: nosotras vemos, juzgamos, sentimos del  
 „mismo modo. Sí, yo tengo siempre la misma  
 „vanidad de conservar vuestro afecto; me enso-  
 „berbezco siempre de nuestra amistad; mas ¡ay  
 „de mí! ¡Hoy, con qué amargura!... participo  
 „de vuestros dolores, de esas lágrimas amargas  
 „que derramais: vuestros tormentos me arrancan  
 „el corazón; y, sin embargo, yo no debo procu-  
 „rar consolaros: yo deseo ver ese arrepentimien-  
 „to tan sincero y profundo; él me penetra, os  
 „oprime, y si pudiera libraros de él, no lo haría  
 „ni lo mitigara. Ningun sacrificio escusaré, quan-  
 „do sea necesario, para ahorraros un verdade-  
 „ro pesar; pero el colmo de la desgracia sería  
 „para mí, veros apacible y feliz en la situación  
 „que os hallais. ¡Qué extraño trastorno de ideas

„y de sentimientos!... Mi amistad por vos es  
 „inalterable: me parece que vuestra confianza ha  
 „echado el sello; y la mas tierna compasión la  
 „hace mas viva; pero desviandooos, habeis des-  
 „truido todo su encanto!... Ah! volvedmelo, que  
 „podeis! ¡Por qué diferis restituíros á la virtud, sin  
 „la que ninguna ilusión de felicidad existirá pa-  
 „ra vos? ¡Que poco comun; mas qué hermoso  
 „seria decidirse, sin titubear, al sacrificio que se-  
 „guramente hareis algun dia!... ¡O mi amiga!  
 „no es un rígido censor el que te condena; es  
 „la compañera de tu infancia la que gime y te  
 „llama. Vén: estos apacibles lugares no han cam-  
 „biado: vén, y encontrarás el reposo y á tu ami-  
 „ga. Tú traerás un corazón ardiente, agitado;  
 „pero una acción sublime, que ejecutada, da mil  
 „veces mas fuerza que la que ha sido necesari-  
 „a para ponerla por obra. Vendrás triunfan-  
 „te, me dirás: cuando amo con pasión, cuando  
 „soy adorada, entonces me aparto de todas las  
 „seducciones del amor!... Vén, lloraremos jun-  
 „tas. Piensa, ¡ay de mí! que el tiempo despoja  
 „siempre de esos vínculos criminales: rómpelos  
 „ahora mismo; quebranta esa cadena vergonzosa,  
 „á la vez pesada y débil, que solo deja una  
 „cicatriz indeleble cuando nos obstinamos en ar-

„rastrarla. ¡Querrás tú correr tan funesta carrera? No. Desde los primeros pasos debes retroceder con un horror, que te fortalecerá para lo futuro en el camino feliz de la virtud. „¿Podrás dejarla con todo eso? ¡No sabes lo que cuesta separarse de ella!... Un tardío „arrepentimiento, se confunde con el cansancio „y el hastío; pero, ¿cuanto se esmalta con el brillo de la juventud y la belleza!... ¿Quieres „que vaya por tí? Di una sola palabra, y partiré. Me parece que esta ardiente amistad, este afecto tan puro que me inspiras, debe darme sobre tí la autoridad de una madre: ¡ay de mí! si la tuya existiese, te extenderia sus brazos: ¡y tú los rehusarias? Vén, que yo la remplazo, yo tengo su ternura, yo sufro todo el „dolor que ella tendria!... Acuérdate que ex- „pirante me ordenó velar sobre tu destino. Lo „que debo á la memoria de mi bienhechora, y „sobre todo, á la amistad, quizá me prescribe exigir de tí este pronto y riguroso sacrificio. ¡Mi „ruego, mis lágrimas no bastarán para obtenerlo? ¡Preferirás la pasión de un día, ó de una „sola estacion, al sentimiento de todas las edades? ¡Temes afligir al que te ha perdido; y no „tienes compasión de tu fiel amiga? ¡Le falta-

„rán distracciones ó compensaciones á un amante que ocupa el trono? Pero yo, ¿qué haré en „estos lugares, que me recuerdan incesantemente los dias inocentes y felices que hemos pasado unidas! ¡Qué dolorosas sensaciones se excitarán en mí, paseando estas nuevas alamedas „de sauces, en las que cuasi todos los árboles „tienen impreso el nombre de Luisa y Eudocia! Estas praderas, que me recuerdan los dias „de nuestra infancia: esta selva, donde durante „nuestros largos paseos, hemos formado tantos „virtuosos proyectos... No me digas: ya no es „tiempo. A los diez y nueve años se posee todo „lo futuro; y el error de un momento no puede „de manchar lo pasado... Date prisa: cuando „respire tu aire pátrio, este aire apacible y puro, creerás haber recobrado una nueva vida: y „la inocencia... Si vacilas, tu debilidad te dará muy pronto una odiosa celebridad; no podrás ya ocultarla: la amistad consternada no podrá ya defenderte: tu nombre, llevado hasta las „extremidades de la tierra, no será conocido sino „por tu deshonor: la mas modesta de todas las „mujeres será la mas blasonada; su pudor y fortaleza harán su suplicio... ¿Y qué haré yo „que me envanecia tanto de sus virtudes y tu

„reputacion! ¡Qué haré cuando no pueda oír hablar de tí sin sonrosearme!....

„Si, á pesar de mis votos y mis instancias, no obtengo de tí sino una repulsa, esperaré.... Mis brazos te estarán siempre abiertos.... Yo no puedo ir á los lugares donde habitas, sino para arrancarte de ellos;.... pero estaré pronta á recibirte. ¡A Dios, cara y desgraciada amiga! Si la ingratitud y la inconstancia te hacen gemir un dia, dí: al menos hay un corazon que no ha variado para mí, un corazon sensible, compasivo y fiel; este es el de Eudocia”....

Esta carta inspiró tal entusiasmo de reconocimiento á la Duquesa, que habria partido en el instante mismo, si la situacion en que se hallaba, le hubiese permitido emprender tan largo viage. Por otra parte, ¡como habia de volver en tal estado á su Provincia, y presentarse á su amiga!.... Le respondió con las expresiones de la mas viva sensibilidad: le prometió formalmente, y con sinceridad, dejar la córte dentro de dos ó tres meses.

Entretanto, llegó este momento terrible y tan temido. La Duquesa, despues de haber padecido en silencio, durante un dia entero, sintió en la noche dolores tan violentos, que hizo avisar al Rey. Luis corrió prontamente con el médico, á

quien secretamente habia preparado, con una enfermera, y la Señorita de Artigni, despues Marquesa de Sourdis. Los dolores de la Duquesa se prolongaron extremadamente, por el silencio horroroso que se impuso. La infortunada, creyendo ser oída, no dió un grito ni un gemido. El médico la exhortaba á no sofocar sus dolores: ah! respondia, ¡no me es permitido quejarme!.... Luis, nunca se mostró mas tierno, ni mas apasionado: no quiso dejarla un solo instante. Bañado en lágrimas, preguntaba al médico á cada minuto: ninguna respuesta le satisfacía. La veía padecer; todo lo asustaba: repetia con extravio de su razon: „salvadla.... mi vida os pido.... todo lo que poseo es vuestro.... salvadla!”....

Hasta las tres de la mañana no olvidó la Duquesa sus dolores, sus temores, y su vergüenza. Era madre, tenía á su hija en sus brazos!... El Rey, enagenado, abrazaba cuanto habia en el cuarto. Su gozo fué tan excesivo, como lo habia sido su inquietud (1). Las pruebas de tan viva ternura acabaron de encadenar á la Duquesa. ¡(El reconocimiento es tan poderoso cuando está unido al amor)! Desde este momento

(1) Detalles históricos.

retractó el empeño contraído con madama de Themine, y le substituyó un juramento que le costó menos: prometió en el fondo de su corazón no abandonar jamás á quien sabia amar tan bien....

Despues de haber descansado algunas horas, despertó la Duquesa con una especie de temor, pensando que la Reina vendría á las doce del dia. En efecto, esta Princesa que iba á misa á una capilla particular, diariamente pasaba por el cuarto de la Duquesa, por evitar un largo rodeo. Convinieron en impedirle la entrada; pero la Duquesa, á fin de evitar toda sospecha, formó en el acto la extraña resolucion de recibirla, haciendo llenar su habitacion de jacinthos orientales, de cuya flor tenia su cama una guirnalda en contorno: respirando estos perfumes, tan peligrosos á su estado, creía exponer su vida; pero esperaba salvar su honor.... La Reina vino; se le dijo que la Duquesa estaba un poco mala, y se le abrieron todas las puertas: perfumada de ámbar, se acercó á la cama, y habló á la Duquesa con bondad. Media hora despues ésta se desmayó: nõ obstante, al dia siguiente tuvo valor para levantarse, vestirse, y acompañar á la Reina hasta la capilla, y pre-

sentarse á la noche un momento en el círculo de Madama (1).

Sin embargo de tanto valor y precauciones, este acontecimiento solo fué ignorado de la Reina; todo el mundo se instruyó de él, y la Duquesa no tuvo ni el consuelo de poderse engañar; porque se le hizo sentir de mil maneras, que su secreto el mas íntimo era conocido. Redobló su prudencia, y el misterio: muy natural y muy sincera para disimular sus sentimientos, quería al menos que no se le pudiese reprender el escándalo de una conducta audáz (2): que, en fin, si ella no podia sofocar las sospechas, ninguno tuviese el derecho horrible de acusarla con certeza.

La pasion del Rey, lejos de debilitarse, parecia aumentarse cada dia. La dulzura, la sensibilidad de la Duquesa, sus mismos remordimientos, y, sobre todo, el misterio, renovaban continuamente su encanto y ardor. Se calculó vanamente que un amor, que duraba ya tres

(1) Hechos históricos.

(2) Es el último grado de depravacion hacer alarde de los vicios. Y ¡cuántas veces sucede esto, artificioosamente y manifestando lo contrario.—*El Traductor.*

años, debía estar en su ocaso: se hicieron nuevas tentativas sobre el corazón de Luis, que todas fueron supérfluas. Ni la belleza de Madama de Monaco, ni la de Madama de Soubise, ni las gracias seductoras de la Princesa Palatina, pudieron desviar á Luis de la que únicamente amaba, y poseía toda su confianza: no consiguieron mas que poner en alarma á la Duquesa. Sus inquietudes expresadas con toda la delicadeza del sentimiento mas tierno, la hicieron mas interesante á los ojos de su amante; y el cuidado de disiparlas, hizo brillar mas el amor que inspiraba. El odio creció; menos por sus venganzas, que por lo infructuoso de sus esfuerzos. Esta es, de todas las pasiones, la que mas se exalta por los vanos deseos, y por las esperanzas burladas. Los enemigos de la Duquesa se hicieron tan ardientes, que la constancia del Rey y el exceso de su pasión, les forzaron á reprimirse, y tomar la apariencia de la moderación.

La salud de la Reina Madre hacía algun tiempo que estaba quebrantada: repentinamente se agravó: y los facultativos declararon que la enfermedad era mortal. El Rey, el mas dulce, el mejor de los hijos, mostró en esta ocasión

la sensibilidad mas tierna. La Duquesa recogía sus lágrimas; y partiendo su dolor, se envanecía con la felicidad de verle tan digno de ser amado. Durante esta enfermedad de la Reina Madre, ella no se separó de Madama, quien estuvo siempre en el departamento de esta Princesa moribunda. El Rey estaba profundamente afligido; con esto todo el mundo parecía estarlo. La Duquesa encontraba una dulzura inexplicable en llorar con él, sin reparo, á pesar de tantos testigos; en unirse á él públicamente por medio de sus penas, sus votos y sus sentimientos; en dejar ver todo lo que los demás fingieron sufrir; en no contener los movimientos de su corazón, que todos se reglaban por los del Rey; en esperar, en temer, en enternecerse, en temblar con él; en fin, en pensar que solo ella podría consolarle.... Le veía pasar á la cabecera del lecho materno tres días con sus noches, sin separarse un instante, ni desnudarse; que en un momento, que la Reina cedió al sueño y cerró los ojos, se desmayó. Luis creyó que espiraba; y no era extraño perudiese el uso de los sentidos.... La Reina iba á morir de un cáncer, y su llaga gangrenosa exhalaba un olor tan sofocante, que las personas de su servicio

no se acercaban á la cama, sino usando de aguas espirituosas. Luis no quiso tomar ninguna de estas precauciones: sentado á la cabeza de su madre bajo las cortinas, teniendo una de sus manos, pasó los días y las noches con el semblante apoyado cerca del seno desgarrado que le dió la vida; y sin duda esta piedad filial fué un bálsamo saludable que le dulcificó los vivos dolores (1). La Reina, el día antes de su muerte, dió al Rey su testamento, pidiéndole lo leyese con atención, haciéndole las variaciones que creyese convenientes, y en seguida lo firmase. Luis en el acto lo firmó sin leerlo. Muerta la Reina, aunque andaba malo, se entregó enteramente al trabajo de esta disposición testamentaria: era de su deber, y tuvo todo el valor para llenarlo; por cuya causa en mas de seis semanas no se presentó en público. A la memoria de esta Madre, tan respetada como querida, hizo los homenajes mas brillantes (2). En esta época fué, cuando hizo batir aquella hermosa medalla, cuya idea dió él mismo: por un lado representaba el perfil de Ana de

(1) Memorias de la Señorita de Montpensier, y de madama de Motteville.

(2) Memorias de madama de Motteville.

Austria, y por el otro la religion y el pudor, abrazándose y apoyándose sobre un altar (1).

Hacia mucho tiempo que el Rey deseaba ardientemente abstraer á la Duquesa de la dominacion imperiosa de Madama, y libertarse él mismo de una penosa violencia, declarando públicamente la culpable eleccion de su corazon. Por no affigir mortalmente á la Reina madre, habia contenido hasta entonces una pasion tan violenta; y faltando ya este temor, quiso realizar un proyecto tan deseado. Habló de él á la Duquesa; y ésta se opuso con tanta energía como sinceridad: su primera objecion fué, el justo dolor que causaría á la Reina este escándalo. Os engañais sobre sus sentimientos, respondió Luis: yo os aseguro, que no tiene pasion por mí. Ah! es imposible! exclamó la Duquesa. Yo os ruego encarecidamente, no agregueis á la debilidad, que debo reprenderme, el delito abominable de indignar y affigir la virtud!.... Bastante culpable soy; no me hagais odiosa! Meditad en vuestra propia gloria: esta es hoy la mia, y no tengo otra!.... Dejadme en el olvido; y si es

(1) Véase la obra con láminas, del Padre Menetrier, sobre las medallas batidas durante este reinado.

posible en la obscuridad. El brillo y la fama, no pueden ser para mí, en adelante, sino instrumentos de deshonra. ¡Ah! Ya que me perdí por vos, conservadme, al menos, esta reputación sin mancha, que me dá siquiera el derecho de envanecerme. ¡Qué sentimiento de honor podrá entretanto elevar mi alma, si cesais de merecer el entusiasmo que inspirais? La admiración que se os tiene, no puede justificarme; pero ella me escusa, y, sobre todo, me consuela. No la debilitéis, mostrando públicamente el desprecio de la fé conyugal; dando un ejemplo audáz, que tendrá la mas funesta influencia sobre las costumbres. Vuestras debilidades se respetarán, en tanto que se os vea cubrirlas cuidadoso; aunque esto no baste para que no se sepan; pero si vos mismo las publicais, ¿sereis acreedor á indulgencia?.... Y ¿cuál será mi desesperación, viendo alterarse el respeto público, y que yo soy la causa fatal!.... No me citeis el ejemplo de vuestro abuelo, amante de mugeres ambiciosas, que solicitaron el título vergonzoso de favoritas, arrojando el ódio y el desprecio, á fin de dominar y acumular riquezas. ¿Queréis confundirme con ellas? ¿Queréis que la historia trasmita mi nombre á la poste-

ridad entre estos hombres deshonrados?....

El Rey, conmovido con tan noble resistencia, aparentó ceder á sus razones; pero estaba muy distante de renunciar un proyecto del cual dependia su felicidad.

Algun tiempo despues de esta conversacion acompañó la Duquesa á Madama á Compiègne, donde estuvo la córte seis semanas. El Rey iba con continuacion á cazar á la selva. Uno de estos días iba la Duquesa en la caleza de Madama, tenia los ojos fijos en el Rey, que, principalmente á caballo, aventajaba toda la brillante juventud que le rodeaba; porque ninguno montaba con tanta gracia como valentia. Este príncipe, queriendo cortar camino, se halló detenido por un largo foso: le propusieron volverse; y la Duquesa se estremeció al oír responder riendose, „que un obstáculo no lo hacia volver á atrás.” en efecto, ¡que peligro hay que obligue á retroceder á vista de lo que se ama! Luis enterró las espuelas al caballo, saltó este enorme foso; pero el animal, con semejante esfuerzo, se abatió, y tiró al Rey.... La Duquesa no vió mas: un gemido que pareció su último suspiro se arrancó de lo íntimo de su corazón,... Sus ojos se cerraron, y se accidentó. El